



Sergio Pitol. Fotografía de Sebastián del Amo

## Acoso y fuga de Sergio Pitol (entrevista)

*Sergio Pitol es quizás el veracruzano más universal y sin embargo mantiene un cierto aire de timidez. Tiene una mirada preguntona y una espléndida carcajada. Se fuma el tercer cigarrillo en media hora y se apresta con resignación a un ritual al que parece no acostumbrarse. Hace tiempo, por sugerencia de un amigo, fue a Guadalajara para visitar a un psiquiatra hipnotizador para que lo arrancara de las garras del tabaco.*

*—Veo que sigues fumando, el psiquiatra fracasó y sin embargo parece que acertó, pero por otros motivos, o sea que, la génesis de tu libro está en aquella sesión que te devuelve y te fija en el instante del dolor ¿por qué del dolor surgen mejores páginas que del placer?*

*—Mira, efectivamente el psiquiatra fracasó en impedir que dejara yo de fumar, pero quizá para mí fue una suerte enorme haber ido a pedir que me quitaran el tabaco, porque cuando el hipnotizador me dijo «empiece usted a recordar ciertos momentos que le han parecido importantes en su vida», para deducir cómo de algunos de esos momentos había nacido mi necesidad del tabaco, iba yo totalmente descubierto en otros terrenos, iba yo en plena inocencia. Si hubiera ido al psiquiatra-hipnotista, a que me resolviera algo que tenía en la mente o que me perturbaba, relacionado con mi infancia, relacionado con la muerte de mi madre, me habría acozado, habría clausurado esas zonas y no hubiera podido contestar, y a lo mejor ahora habría logrado dejar de fumar, pero tuve la experiencia formidable de haber conocido ese momento y haberme podido recuperar después. La experiencia, como digo en mi libro, fue muy, muy dolorosa; aún ayer, cuando Antonio Masoliver citaba en la presentación mis referencias a las últimas fotos de mi madre y de mi hermana muertas pocos días después de las fotos, aún entonces me sentí muy perturbado. Este haber llegado a uno de los fondos de mí mismo, y haber penetrado en una zona de dolor para mí inimaginable, de dolor salvaje, de dolor animal, pues marcó la escritura de *El arte de la fuga*. Como a menudo he dicho en estos días, pensaba yo reunir ensayos, prólogos, ponencias de mesas redondas, resultado de mi trabajo de cuatro o cinco años. Cuando volví a estos papeles después de la hipnosis, todo se transformó. El libro*

exigió una nueva arquitectura sacando la arquitectura. De los veinte o veintitantos que había reunido sólo quedaron dos. Los nuevos textos conformaron un nuevo dibujo y el tejido se hizo diferente.

–*Me has respondido a la primera parte, pero no a que las páginas salen del dolor con más facilidad que del placer...*

–Creo que todo libro, que la literatura en general ha nacido de experiencias traumáticas. Ha habido pocos hombres felices que en los momentos de plena felicidad se hayan puesto a escribir. La felicidad produce una plenitud, una validez en sí misma y la escritura no es necesaria.

–*Sí, la felicidad sería enemiga de la escritura...*

–Es enemiga de las artes, de la escritura en concreto. Quizá los pintores, dentro de las artes, podrían ser la única excepción. La literatura surge de problemas, crisis, frustraciones, opciones difíciles y de la desolación. Y no hace que sea una literatura plañidera.

–*Si te entiendo bien, la felicidad es un enemigo de la escritura, pero la escritura salida del dolor puede...*

–... puede llevar a la felicidad, sí. Creo que fuera de este texto de la hipnosis, todos los demás textos recuerdan o son la crónica de momentos felices. Hay cierto tono nostálgico, una desesperación hacia el mundo perdido; uno podría enumerar muchísimas obras maestras que son productos de momentos trágicos.

–*Mercedes Montmany ha dicho que tu escritura se aproxima al placer físico, Masoliver por su parte dice que se asemeja a un orgasmo. Y sin embargo, en el relato de tus personajes o de tu vida la actitud frente al sexo en la escritura parece siempre pudorosa, intimista.*

–Así es. No sé si lo que dice Montmany sea del todo cierto. Lo del orgasmo me parece ya excesivo [*risas*]. Puede que el lector sea receptivo a cierta sensualidad que debe existir en mis novelas, es evidente que hay un elemento de placer al hacerla. Puede nacer de fuentes muy diversas, la gestación puede resultar muy dolorosa, pero después el crear ciertos efectos de visualidad o alguna tonalidad, puede resultarme enormemente placentera. Necesitaría quizás hacerme otra hipnosis, otra sesión, para entender por qué soy tan poco receptivo a la literatura erótica, como lector, y ya no se diga como escritor. Toda mi generación leía devotamente a Miller, y luego a Bataille, a Sade. A mí esa literatura me deja absolutamente indiferente y, es más, me llega a crear aburrimiento, me aburre. Ahora, en mis novelas, en mis relatos hay amantes, hay pasiones, gentes que se matan por otras, se supone que se acuestan todas las noches, viven para el placer...

–*Pero el sexo propiamente dicho nunca queda plasmado.*

–Queda oculto, aunque puede haber alguna referencia, eso sí; no sabría yo describir una relación erótica. Curiosamente hace muy poco, leyendo la revista *Letra internacional*, encontré un relato de Von Rezzori, el

escritor austríaco. Es el intercambio sexual entre una prostituta con su cliente, y me pareció magistral. Ahora bien, es una relación narrada en frío, y no busca lograr efectos con esta relación erótica, que está excelentemente escrita...

–*No busca ser una literatura para leer con una sola mano.*

–Para leer con una sola mano... *[risas]*, sí. Y era esencial preguntarte después, cómo era posible escribir esto, de qué medios se valió para escribir un relato tan absolutamente prodigioso.

–*Algún crítico tuyo ha señalado que cuando dices «aún no soy un ciudadano civilizado», lo dices porque te ves rodeado de incivilizados, que es lo que mencionó Masoliver: decía que Pitol es un ser civilizado entre seres incivilizados y por eso se ve todavía como inacabado. Mi pregunta es, sin embargo, si tu razonamiento no está más vinculado a las reflexiones por ejemplo de Séneca sobre el eterno inacabamiento de la perfección del ciudadano.*

–Sí, desde luego. Cuando yo hablo de que no me siento civilizado...

–*O sea, ¿tú, en Xalapa, te sientes rodeado de incivilizados?*

–No, ni divido a la gente en incivilizada o civilizada; en el aspecto moral al que se refería, es un comentario, Bobbio, donde plantea al hombre civilizado como un hombre perfectamente tolerante ante los demás, que puede tolerar que sean engreídos, prepotentes y considerar que son simplemente formas de la condición humana. Yo me siento incivilizado en el sentido de que todavía me afecta la conducta de otras personas ¿no?, que no puedo ser tolerante, de ninguna manera, ante ciertas actitudes personales.

–*Hay quien del viaje al fondo de la memoria o de la constancia de la herida del tiempo no consigue sobreponerse. Sin embargo parece que de tu viaje al fondo de la memoria y de la constancia de la herida del tiempo has salido con una vitalidad renovada y con una especie de sosiego creador.*

–Bueno, también sería larga la lista de obras que han salido de los derrumbes humanos, desde el principio de la literatura, yo creo; pero en esto es difícil hablar en términos generales, hay una casuística siempre. Cioran en un ensayo de hace muchísimo tiempo, señala que el escritor que pierde su país, sus cosas, el ámbito donde ha crecido, todo esto, corre siempre el riesgo de llegar a la mudez. Que es necesario para muchos escritores seguir manteniéndose en el ámbito donde se han formado, donde los múltiples cordones umbilicales con las cosas, con la gente, con los objetos mismos, los van alimentando. Y Gombrowicz en el primer volumen de sus *Diarios* lo refuta violentamente, dice que la persona que no puede reponerse de esas pérdidas, el supuesto escritor que no puede reponerse de esa pérdida, y pierde la creatividad, está condenado a no ser escritor.

*-Gombrowicz responde violentamente, pero yo creo que el mismo Cioran ya responde, porque si la patria es el lenguaje, como tú dices, Cioran reconstruyó la patria, reconstruyó el lenguaje y escribió en otra lengua, en francés, como Beckett, o como Conrad en inglés.*

*-Sí, pero él en ese momento por lo visto creía que eran casos excepcionales, decía que muchos escritores, después de la guerra, al no poder volver a sus países porque les era ya imposible físicamente, políticamente, habían perdido sus dones, sus posibilidades. Y Gombrowicz les responde con un desprecio brutal: el que las pierde es porque nunca podría haber sido escritor, habría sido un mal escritor, con gloria, con fama, con prestigio, con todo, pero eso no quiere decir que sea un artista.*

*-¿Tú has intentado escribir en otra lengua?*

*-No, nunca ¿y tú?*

*-Yo he intentado malescribir en catalán pero fue un fracaso, pero no es raro porque también escribo mal en castellano.*

*-Bueno, lenguas como el catalán y el castellano, pueden producir muy pocos problemas, me imagino, los bloqueos...*

*-No, yo he hecho traducciones del catalán y es complicadísimo y hablo bien el catalán.*

*-¿Pero estás acostumbrado desde niño a oír las dos lenguas, a moverte en las dos lenguas?*

*-Sí, pero eso no resuelve las dificultades de la traducción; de hecho conozco estupendos traductores que no hablan la lengua que traducen. Volvamos a ti. Después de 30 años de errancia vuelves a Xalapa, de la que ahora te cuesta salir. Otro amigo común que vive en Xalapa, José Luis Rivas, después de 30 años de francachelas y de viajes por las letras del DF, vuelve a Xalapa y no hay quien lo arranque de Xalapa. ¿Qué les da Xalapa?*

*-Mira, para mí Xalapa fue un lugar que no elegí inmediatamente después de mi llegada a México. Yo me encontré con una ciudad, la capital, donde tenía mi casa, donde había vivido desde la adolescencia, que sentía que era mi ciudad, y me encontré con una urbe absolutamente distinta a la que había dejado en el 61, contaminada, donde los usos mismos y las formas de relación se habían transformado. Entonces pensé en buscar un lugar y elegí Xalapa, en primer lugar porque está muy cerca de mi lugar familiar, Córdoba, en segundo porque no me suponía ningún esfuerzo como le podría significar a alguien que haya vivido siempre en la metrópoli y después busca un refugio en la provincia. Estaba yo acostumbrado de mucho tiempo a ese medio. Y luego porque buscaba un lugar después de 30 años de estar fuera y con mucha gente, con muchas salidas nocturnas y muchos cócteles, actos protocolarios o parrandas. Lo que más quería era mantenerme ajeno a toda esa vida. En ese momento se me empezaban a formar como ídolos Cernuda, en su modo de vivir, o*

Julien Gracq, quienes siempre trataron de mantenerse al margen de toda actividad que implicara un poder, así como no formar parte de ninguna comisión de tipo académico o administrativo.

—*¿No será el síndrome del errante cosmopolita? Porque recuerdo que a Xalapa se le llama la Atenas del Golfo...*

—Sí, la Atenas de América, la Atenas americana. Y en Xalapa pude desasirme por completo de esto, marqué mis reglas: a partir de las seis de la tarde no salgo nunca, tengo hábitos muy estrictos, horas para la lectura, horas para el trabajo, horas para el paseo. Escribo de noche y tengo la ventaja de no vivir en pleno campo. Aunque yo hago una vida de campo, tengo bibliotecas por si necesito consultar algo, hay gente con la que puedo hablar en la universidad.

—*¿Tú eres lector de Schopenhauer?*

—No.

—*Te preguntaba porque como ya es célebre la pasión que tienes por tu perro, yo te preguntaba si es simétrica o paralela a la decepción por los hombres.*

—*[Risas]* Mira, está bien, ahora que he abandonado parcialmente el trato con los humanos, quizá la relación con mi perro cubre un amplio espacio interior. Bueno, pero no soy un ser incivilizado; no, en mi casa vive un niño que es como mi nieto. Pero algunos de los momentos más placenteros, son aquellos que paso con mi perro.

—*Te lo preguntaba porque sabes que Schopenhauer decía que cuanto más conocía a los hombres más amaba a su perro. Dices que en Roma te percataste de que la distancia y la ciudad te daban libertad por fin para escribir. Sin embargo algunos españoles piensan que contra Franco se escribía mejor. O sea, tú planteas la distancia y la libertad para escribir, y sin embargo hay quien reflexiona que la opresión, cierto ambiente opresivo, cierta necesidad de luchar contra lo inmediato saca del letargo a la rebeldía.*

—Sí, bueno, está probado que en muchas ocasiones la tensión es necesaria. Acabo de leer también varias publicaciones creadas antes de la caída del muro de Berlín, con el propósito de combatir la intolerancia en los países del Este. En esas revistas tenían acogida muchos escritores que en sus países no podían publicar. Leo las reflexiones de los escritores de esos lugares; lo que se producía culturalmente en ese período ahora sería imposible. Novelas como las de Andrejewsky, como *El Rey de las Dos Sicilias*, de Kuzniewics, para citar el caso de Polonia. Si hoy se le ocurriera a alguien llevarlas a una editorial, le dirían de inmediato que de ninguna manera se podrían publicar, porque eso hoy día no es rentable. En la vieja Unión Soviética, por ejemplo, la política cultural ha sido más aniquiladora que en los peores momentos de Stalin, aunque desde luego sin la crueldad de entonces. Ahora que tienen toda la liber-

tad, no pueden aprovecharla y deben sólo escribir novelas pornográficas o policíacas, pues de otra manera no podrían publicar. Y ya no tienen las posibilidades de Occidente, que creaba revistas culturales dedicadas a ellos. Yo creo que en la discrepancia con el sistema político había un estímulo emocional. Buena parte de la literatura de nuestro siglo es producto de las tensiones sociales y políticas que lo marcan.

—*Ya estando en Roma, se me ocurre imaginar tu relación con María Zambrano, que tenía un carácter fuerte y poco tolerante en la discusión. Ya instalados en el terreno de la zoofilia ¿cómo es posible que María Zambrano, apasionada por los gatos, y tú por los perros, no se llevaran como perros y gatos?*

—Sí, claro, yo un día amanecí con 30 gatos encima. Me quedé a dormir en una habitación, la abrieron los gatos, de repente sentí un calor brutal, quise tratar de quitarme la cobija, pero era una cosa inmensa. Sí, en Roma descubrí esa liberación interior para poder escribir mi obra como me diera la gana, sin tener que pensar qué cosas estaban de moda, tratar de quedar bien con algún grupo, ni adular a nadie, y durante veintitantos años escribí en esas condiciones de soledad, enviaba yo mis libros a México, se publicaban, no sabía yo cuál iba a ser la reacción ni tampoco me interesaba. Eso me hacía feliz.

—*Un día le comenté a Tomás Segovia que encontraba Roma una ciudad asfixiante, una ciudad donde se veía la Contrarreforma y no se veía la revolución, y que prefería París, y entonces me contestó diciendo que comparar a Roma con París era como comparar a Sofía Loren con la muñeca Barbie. ¿Roma no te ha dado nunca la sensación asfixiante del clero?*

—No. Llegué a Roma en el año 61 y era una ciudad más bien izquierdista, llena de marchas, de banderas, de cantos partisanos por las calles, era un poco antes de *Lotta continua*, con manifestaciones por la paz, era el año del muro de Berlín y el miedo a una nueva guerra. Además era el *aggiornamento* de la Iglesia, cuando los sectores eclesiales estaban de capa caída, los conservadores eran como rechazados, estaban en escondrijos; habían perdido la mano que después recuperaron. No, Roma me dio la sensación de salud y de vitalidad como nada, ni siquiera Londres que en aquella época era una ciudad mitificada totalmente, me pudo dar el tenor de Roma. Además era una ciudad impresionantemente generosa, era prima del *miracolo* económico. Era el tiempo del neorrealismo; la ciudad estaba paupérrima pero había una generosidad inmensa, que después se ha perdido como se pierden las cosas con la riqueza ¿no? Yo había pensado hacer un viaje de varios meses por Europa. En el primer proyecto ni siquiera estaba marcada Italia porque había tenido una pelea con unas tías, unas hermanas de mis padres de las que me fui a despedir y para ellas el viaje a Europa tenía que ser el viaje a Italia, que era lo

único que contaba, y entonces vino una discusión sobre razas y todo esto, indigenismo, exaltación casi mussoliniana de la ciudad imperial, que la había yo tachado. Fui casi por casualidad, por azar, porque encontré dos amigas en París que me incitaron a ir a Paestum, pero cuando llegué a Roma fue un deslumbramiento vital, y allí me fui quedando unos días, era ya casi al término de mi viaje y tuve que tomar la decisión entre regresar a México, tenía ya el dinero preciso para mi viaje de regreso, o quedarme, y allí. Y es ese día en que decidí quedarme comienza realmente mi vida, la parte importante, la parte que me interesa de mi vida.

*–Cuando narras el primer viaje a Venecia a mí me da la sensación de que lo que estás haciendo es visitar la ciudad de tus lecturas, la ciudad imaginada.*

–Es cierto.

*–Si hubieras encontrado las gafas ¿la ciudad habría sido otra?*

–Seguramente, aunque también mis lecturas la hubieran condicionado mucho. Los recuerdos de Venecia en Proust, en Ruskin, en Browning, en Henry James; no había yo traducido todavía *Los papeles de Aspern* pero tenía yo una Venecia leída que posiblemente se iba a sobreponer o que iba a modificar la Venecia física. Pero así estamos hechos todos ¿no? Cuando llegué a Londres, la enorme mayoría de mis lecturas eran inglesas y veía yo Londres a través de los paseos de Dickens, de reflexiones de Virginia Woolf...

*–Alguien dijo ayer en la presentación de tu libro, que sería bueno que en España hubiera un Chiapas. Hace pocos días conversando con un compañero del subcomandante Marcos que estaba de gira por Madrid, dijo que lo que le gustaría es que en Chiapas se viviese como en Madrid. ¿Cuál de las dos reflexiones te parece más oportuna?*

–Ambas son respuestas que responden a dos momentos de ánimo diferente y que tienen sentido. A mí me gustaría, claro, me gustaría muchísimo que Chiapas pudiera ser como la aldea más pobre de España, que seguramente sería como Nueva York frente al mundo en que viven ¿no? Pero también quizá la otra respuesta que se da ahí es que se necesita algo que señale las fallas de un país o de un gobierno, que fue lo que nos mostró a nosotros en México el levantamiento chiapaneco. Nos desadormeció de ese sueño de que estábamos en el umbral del Primer Mundo para reconocer que estábamos en una de las fases peores a las que puede llegar una cultura, una civilización.

*–La cuestión es que estando de acuerdo en que el levantamiento de Marcos contribuyó junto con otros elementos, como el desgaste del sistema, el asesinato de Colosio, narcotráfico, etc, a sacar del letargo a la sociedad civil pero...*

–Con otros elementos a revisar todo el sistema y quebró al sistema...

*–Es verdad que ha revitalizado la sociedad civil, que se ha despertado, la libertad de expresión, en este sentido ha aumentado brutalmente...*



—Ha aumentado brutalmente...

—...pero que después ha habido una especie de acartonamiento, estancamiento, que no ha sabido sacar de ese primer levantamiento, de ese momento de auge internacional donde se dio a conocer el proceso, no ha habido manera de sacarle provecho y que en realidad quizá la sociedad civil y Marcos se han beneficiado pero sus tropas y los indígenas de la zona ¿qué?

—Bueno, el provecho que ha dejado a México es la ampliación de la sociedad civil, que se debe sentir agradecida.

—Sí, pero la paradoja que yo quiero plantear es: es verdad, la sociedad civil tiene que estar agradecida, pero la que está fuera, porque los que están dentro dan la impresión de que han salido perjudicados.

—Mira, no sé...

—O sea acosados, perseguidos, inmovilizados, parece que ellos han brindado la oportunidad de que nosotros hablemos de otra manera, de que la sociedad civil se haya revitalizado, de que probablemente el gobierno del PRI en el DF sea de otro color, pero probablemente los propios luchadores que están dentro parece que han salido perjudicados; los indígenas, una vez más.

—Bueno, los indígenas en una zona amplia de Chiapas, siguen cultivando sus terrenos, siguen teniendo esta vida miserable que han conocido desde hace muchísimos años, no creo que eso los haya perjudicado excesivamente.

—¿Ya no tenían nada que perder?.

—Sí era esto, los guerrilleros llevaban ocho años en la selva, salieron a la luz, han llegado a un acuerdo con el gobierno que el gobierno desconoció. Se han quedado allí. La sociedad de alguna manera sabe que, moralmente, ellos tienen la razón y posiblemente en algún momento se logren encontrar las salidas legales, jurídicas, pacíficamente, para tratar de remediar algo de lo que está dañado.

**Héctor Subirats**